

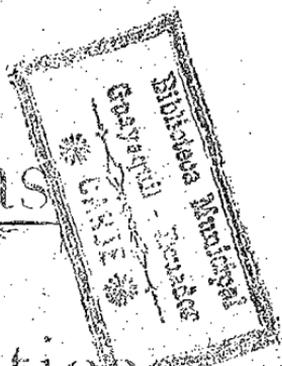
Versos

J. O. LLAGUNO.



Fronteras

Poéticas.



GUAYAQUIL

LIBRERÍA E IMPRINTA "GUTENBERG"
DE UZCATEGUI & CIA.

1909

*Colección de la Biblioteca
Municipal de Guayaquil*

Fronzas Poéticas

BIBLIOTECA NACIONAL

R-109-EN
a. 2. E-2-

Quito-Ecuador

J. O. LLAGUNO.

860-1 (866) LLAGUNO
L. 79 Ma.

Fronδας

Poéticas.

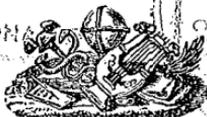
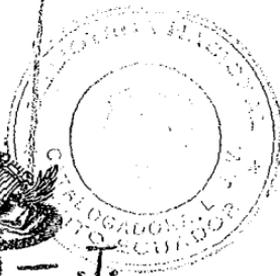
BIBLIOTECA NACIONAL

QUITO - ECUADOR

COLECCION GENERAL

No. 5938 AÑO... 1920

PRECIO DONA



0001229 - J.

GUAYAQUIL

LIBRERÍA E IMPRENTA "GUTENBERG"
DE UZCATEGUI & CIA.

1909

Metelos



Recuerdos de mi niñez

Cuando en mis primeros años,
Libre de amarga tristeza,
Admiraba la grandeza
De este mundo encantador,
Y á los cielos levantaba
Inquieta mi altiva frente,
Me daba el sol refulgente
La sagrada inspiración.

Apostrofaba en mi canto
A la aurora, que en oriente
Alzaba lánguidamente
Su rosada y nívea faz:
Y á la selva saludaba,
Cuando, al asomar el día,
Alegre se estremecía
Con la brisa matinal.

¡Qué lindas me parecían
En el cielo las estrellas!
Cual de púdicas doncellas
Miradas llenas de amor:
Enajenado de gozo,
Derramando tierno llanto,
Ensalzaba yo en mi canto
Tan bella y grata visión.

Cabe el sonoro torrente
Que se desprende bramando
De peña en peña, buscando
Sendero para correr,
Sin saberlo allí he pasado
Las horas más venturosas
Soñando en ninfas y diosas
Y en coronas de laurel.

Y de Abril en las mañanas
Perfumadas por las flores,
Me gustaba los albores
De la aurora contemplar;
Y en las tardes apacibles
Admiraba silencioso
El sublime y majestuoso
Expectáculo del mar.

Ora es la frágil barquilla,
Que á distancia se divisa
Y al soplar de leve brisa
Corta las ondas del mar:
Ora el vapor, que orgulloso
Con su penacho de brumas,
Va dejando en las espumas
De su poder la señal.

Si el mar está bonancible,
¿Quién no escucha placentero
El canto del marinero
De los vientos al compás?
¿Quién no se siente inspirado
Al ver cien ondas de plata
Donde bella se dilata
Del cielo la inmensidad?

Y en el bosque silencioso,
Donde la sombra convida
Al descanso, y de otra vida
Los misterios á indagar,
Allí con aves y flores,
Sin dolor y sin pesares,
¡Oh! qué dulce es los cantares
De la niñez entonar.

Sí, en mi infancia contemplaba
Absorto tanta belleza,
Y admiraba la grandeza
Del que hizo tanto primor:
De aquel magnífico Artista
Que da al mar su movimiento,
Alas ligeras al viento
Y luz espléndida al sol.

A un Amigo

Yo también allá en los bosques
 Y al pie de frondosa palma,
 Volar he sentido el alma
 Hacia otro mundo mejor;
 Y en las hermosas mañanas
 Del mes florido de Mayo,
 He visto del sol el rayo
 Besar amante la flor.

Al declinar de la tarde,
 Vi pajarillos hermosos
 Ir á su hogar presurosos
 Llevando su humilde pan.
 Vi las horas tempestuosas
 De relámpagos ligeros
 Y escuché los altaneros
 Rebramidos del volcán.

Vi también en la alta cumbre
 De las andinas montañas
 Habitar en sus cabañas
 Los indios, hijos del sol.
 Y en los silenciosos valles
 Vi al africano, afanoso
 Sudar, sin tener reposo,
 Para un mísero señor.



A un Amigo

Yo también allá en los bosques
Y al pie de frondosa palma,
Volar he sentido el alma
Hacia otro mundo mejor;
Y en las hermosas mañanas
Del mes florido de Mayo,
He visto del sol el rayo
Besar amante la flor.

Al declinar de la tarde,
Vi pajarillos hermosos
Ir á su hogar presurosos
Llevando su humilde pan.
Vi las horas tempestuosas
De relámpagos ligeros
Y escuché los altaneros
Rebramidos del volcán.

Vi también en la alta cumbre
De las andinas montañas
Habitar en sus cabañas
Los indios, hijos del sol.
Y en los silenciosos valles
Vi al africano, afanoso
Sudar, sin tener reposo,
Para un mísero señor.



He visitado las playas
De los caudalosos ríos,
Los verdes bosques sombríos
Del hermoso litoral.
Y al contemplar en los Andes
De los montes la belleza,
He admirado la grandeza
Del Criador universal.

Y ¡qué hermosos á mi vista
Se han presentado los cielos!
¡Qué de paz, qué de consuelos
No han dado á mi corazón
La inmensidad de los mares,
El vago girar del viento
Y aquel grandioso momento
En que se levanta el sol!

Todo es bello en la natura:
Si atentamente miramos,
En cada sér encontramos
Misterios del Hacedor:
El más miserable insecto
Que habita en oscuro abismo,
Dones tienen en su organismo
Que causan admiración.

En la flor que abre su cáliz
Al primer beso del día
Y que á la tarde, sombría,
La deshoja el huracán,
Allí se admira la ciencia
Del Hacedor de este suelo,
Que nos promete en el cielo
La eterna felicidad.

A Julia

Si tienes alguna duda
Y te quieres consultar,
Hazlo con un entendido,
Mas no con un animal.
Este no podrá sacarte
De tu ignorancia jamás,
Pero necio y petulante
Sí de tí se burlará.

En el Cementerio

Curioso, irreverente,
 Un día al Cementerio me encamino
 Por saber qué destino
 Le cupo á tanta gente
 Del mundo en el revuelto torbellino.

Como encontrara abierta
 Del camposanto la anchurosa puerta,
 Adentro me colé, como en mi casa,
 Saludando, eso sí, con reverencias
 A esos mudos y tétricos señores
 Que son de ese lugar habitantes;
 Y les dije: Excelencias,
 Un canto de mi lira
 Escuchadme sin duelo,
 Sin lágrimas, sin ira,
 Vosotros que habitáis a questo suelo...

No me dejó seguir un seor difunto
 Mi *lata* comenzada,
 Y echándose una horrible carcajada,
 Me dijo: Ya barrunto
 Que eres uno también de la manada
 De esos que por allá nombran poetas:
 Hombres intonsos, tristes, pensativos,
 Faltos de dos pesetas,
 Que sueñan mil patrañas,

Y cantan á las rosas y violetas
 Las miserias del hombre y sus hazañas.
 No vengas, no, con esos disparates
 De liras y guitarras ó laudes,
 Mi querido paisano,
 Que en nuestros ataudes
 Sólo se oyen los cantos del gusano.

Dejóme pensativo
 La fuerte reprimenda del difunto
 Que *paisano querido* me llamaba.
 Como hasta cierto punto
 Era pura verdad lo que me hablaba,
 Dirigía los pasos á la puerta
 Ya resuelto á marcharme,
 Cuando otro muerto se atrevió á nombrarme.
 Asustado miré para aquel sitio
 De do la voz venía,
 Y otra *catilinaria*, como aquélla,
 Con paciencia á escuchar me disponía.
 Nada temas—me dijo muy ladino
 Este nuevo difunto—yo he escuchado
 Muy atento el discurso peregrino
 Que el necio del vecino
 Con sin igual cinismo te ha indilgado.
 Yo fui vate también: cuando vivía
 Canté con entusiasmo delirante
 Las bellezas del mundo y los placeres
 Que nos brindan espléndidas mujeres
 Con su gracia y sonrisa encantadoras,
 Y así, soñando, de mi pobre vida
 Se deslizaron las fugaces horas.
 ¡Qué insensato no olvida
 Sus acerbos dolores
 En brazos ¡ay! de la mujer querida!

Ese que habla tan mal de los poetas,
 Se llamaba *filósofo* en el mundo,
 Y era un *cínico* inmundo
 Que amaba con fervor á las coquetas.

«¿Me nombras, vida mía?»
 Dijo una voz de vieja regañona,
 Al oír que *coquetas* se decía;
 «Si mi vejez me abona
 Para hablar la verdad, yo la diría».

Diga usted cuánto quiera,
 Le dije yo, haciéndome mil cruces,
 Y entonces continuó de esta manera:

«Yo fui mujer desdichada:
 Para mi mal nací bella,
 Rica, y ninguna doncella
 Fue en vida más deseada.
 Con una sola mirada
 Locos hice á más de dos,
 Y renegando de Dios
 Murieron en desafío,
 Disputando mi albedrío,
 Un poeta y un doctor.»

«En cascadas de armonía
 Me comparaba el poeta
 Con la preciosa *Julietta*
 Y la sensible *María*;
 Mas yo misma me decía
 Que esas célebres mujeres
 Eran unos tristes seres
 Ante mi gran gentileza,
 Mi prosapia, mi riqueza,
 Mis amores y placeres».

«A nadie quise en la vida
 Mientras fui joven y bella,
 Pero mi enemiga estrella
 Pronto me vio convertida
 En una momia vestida
 De ricos chales y flores;
 Con todos esos primores
 Y la joya más preciosa
 Era una vieja espantosa
 Para mis admiradores».

«Y renegando del mundo
 Que ingrato me despreciaba,
 Por un convento trocaba
 Mi palacio sin segundo,
 Y allí, con odio profundo
 Y loca en mi frenesí,
 A todos aborrecí,
 Hasta que la muerte un día
 Con su mano tosca y fría
 Me trajo á dormir aquí».

Así habló la pobre vieja
 Que coqueta y presumida,
 Vio pasar su frágil vida
 Sin hacer á nadie bien.
 Al lado de aquella fosa,
 Y en una piedra grabado,
 Miré un verso dedicado
 A una angelical mujer.

¡Era á una madre! Bendita
 La mujer que aquí en la tierra
 Cumplió esa misión que encierra
 Gracia, ternura y amor!
 Ya que fuiste tierna madre
 Y esclava de tus deberes,

¡Bendita entre las mujeres!
Te habrá llamado el Señor!

Así canté para aliviar la pena
Que el cuento de la vieja me causó,
Cuando cien voces de la humilde arena
Lanzaron en el aire su canción.

1ª VOZ.

De soberbios monarcas los imperios
Con arrojo y fortuna conquisté,
Y al filo de mi espada centellante
Rodaron cien coronas á mis pies.

2ª VOZ.

Yo quise á la gloria
De un salto subir,
Dejando á la Historia
Un nombre grandioso,
Y en un calabozo
Me hicieron morir.

3ª VOZ.

¿Qué es el hombre en este mundo?
¿Qué le espera aquí en la nada?
El olvido más profundo
Y una tumba por morada.

Y es la dicha transitoria,
Sólo es eterno el dolor;
Es un fantasma la gloria
Y un mero nombre el honor.

Ya que vives y te inspiras
 En un mundo de ficción;
 Que á cada instante suspiras
 Porque sabes que deliras
 Con otro mundo mejor,
 Te diré con mi experiencia,
 Que para pasarlo bien
 No es necesario la ciencia;
 Basta no tener conciencia
 Y ver todo con desdén.

4ª VOZ.

Con dinero vivimos dichosos:
 Las mujeres nos brindan su amor,
 Y los viles nos llaman virtuosos
 Y de adehala nos dan generosos
 La nobleza, hermosura y valor.

5ª VOZ.

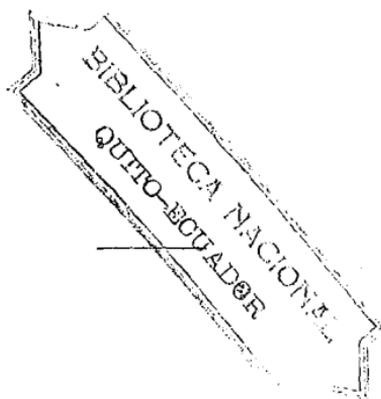
Allá en la vida mi fatal destino
 En inmundas prisiones me encerró,
 Porque libaba el generoso vino
 Que alegra nuestra triste condición.

Cien voces así cantaban:
 Cada cual sus amarguras,
 Las grandezas y venturas
 Que en la vida vislumbró;
 Y entendí que hasta en la tumba
 Los humanos corazones
 Conservan esas pasiones
 Que aquí los esclavizó.

¡Ay!, dije, con amargo desconsuelo,
Sufrir toda la vida
Es la misión del hombre en este suelo:
Llevar el alma de dolor transida,
Buscar con loco anhelo
Destellos de esperanza, aunque fingida.

¡Insensato! Si no en lejano día
Convertida has de ver tu gallardía
En vil polvo infecundo,
¿Te llamarás, soberbio, todavía
Imagen fiel del Hacedor del mundo?

Así filosofaba,
Y con razón no escasa,
Cuando sentí que el hambre me mataba
Y, dando por concluído mi paseo,
Dejé los muertos y volvíme á casa
Y hoy ¡ni en la paz de los sepulcros creo!



Al Sol

Cuando se agitan furiosas
Del mar las tremendas olas,
Con tus rayos tornasolas
La anchurosa inmensidad:
Sobre vientos furibundos
Que combaten á porfía,
Derramas la luz del día,
Y cesa la tempestad.

Cuando de sufrir cansado
A tí levanto la frente,
Tú me das, Sol refulgente,
Lenitivo en mi dolor;
Y en las luchas tormentosas
Que se levantan en mi alma,
Con tu luz me infundes calma,
Dicha, esperanza y amor.

Montalvo

Rendido por la gloria
Reposa en dulce sueño,
A orillas de este río
Montalvo el inmortal.
Humilde losa cubre
Sus restos en el suelo,
Pero su nombre vive
Del mundo más allá.

La salida del hogar

*Composición declamada en la solemne distribución de premios,
el 20 de Julio de 1890, en el Seminario Menor de S. Luis de Quito.*

Sollozos en mis labios, suspiros en mi pecho,
Ya comenzaba triste, tristísimo á sentir:
Mi padre me ordenaba dejar mi caro techo
Y á tierra muy lejana mandábame partir.

Llorando y de rodillas, mi madre le rogaba
Que nunca permitiese tan cruel separación;
Mas, sordo ante sus quejas, mi padre me mandaba
Partir á tierra extraña en busca de instrucción.

¿De qué sirve la ciencia? De qué el saber profundo—
Osaba yo decirle—si todo ha de pasar?
¿Si un día el triste sino, severo é iracundo,
La vida á los mortales por siempre ha de quitar?

¿Qué quieres, pues, ¡oh padre! que busque en este suelo
¿Tal vez quieres soberbio mi nombre eternizar?
Si efímera es la gloria, sus lauros yo no anhelo,
Pues todo con la muerte por fin se ha de acabar.

Mi padre respondía muy triste y suspirando:
"Tú ignoras qué es la vida; no sabes qué es dolor:
El hombre necesita pasar aquí llorando,
Sufriendo las torturas del duro sinsabor".

"Y sólo halla consuelo y alivio en sus pesares,
Buscando en este mundo la dulce educación:
Con ella sólo alcanza gozar entre millares
Placer incomparable, feliz consolación".

A poco tiempo de ésto, mi madre preparaba,
Muy llena de tristeza, un bato estudiantil.
La vi en angustia tanta y oíla que lloraba,
Y lágrimas bañaron mi rostro juvenil.

Corrí y entre sus brazos echéme dolorido,
Y, entre cortadas frases, me dijo con amor:
"¡Adiós! pues ya te ausentas ¡adiós! hijo querido!
Yo quedo casi muerta de angustia y de dolor.

Mi padre presto llega y anuncia mi partida.
Mi labio queda mudo: no puede pronunciar
El triste *adiós*, pues mi alma, sintiéndose oprimida,
Sumióse en un abismo de hondísimo pesar.

Montando en mi caballo, partí sin detenerme,
¡Adiós! diciendo á todos; á Dios rogad por mí!
"¡Adiós!"—dijo mi madre.—Tú volverás á verme.
Y mi plegaria al cielo yo elevaré por tí!"

Dejé mi caro suelo; dejé el alegre Guayas,
Y montes elevados ya comencé á subir,
Enviando mil suspiros á mis risueñas playas,
Que lejos tay! muy lejos, mirábalas lucir.

Trepando altas montañas, cruzando hermosos ríos,
Mis ojos se extasiaban en muda admiración;
Miraba añosos bosques con árboles sombríos,
Y aun goza, al recordaros, mi pobre corazón.

Las nieves sempiternas que adornan los volcanes,
Las llamas que ellos lanzan del seno con furor,
Formando entre las nubes fantasmas de titanes,
Mostraban á mi vista un cuadro encantador.

De la eminente falda del Chimborazo hermoso,
Bajo un celaje de oro, de grana y de zafir,
Miré la altiva frente del inmortal coloso
Y deliré soñando brillante porvenir.

A Quito llegué presto.—¡Félice de aquel día!—
En busca de la ciencia, queriendo educación.
Y entré en el Seminario, y más y más sentía
Crecer en mí la pena, la angustia y la aflicción.

Mis dignos compañeros, y nobles profesores,
Trataronme benignos, me honré con su amistad;
Me dieron nuevo aliento, vencieron mis temores,
Y en gozo se trocaron mis penas y ansiedad.

Pisé de los estudios la senda encantadora,
Gusté de sus principios y gloria ambicioné.
¡Qué dulce eres ¡oh Ciencia! ¡Qué bella á quien te adora!
¡Por tí suspira el sabio! ¡Por tí yo viviré!

No temo ya del mundo la pena ni el tormento:
Abre feliz sus alas mi ardiente corazón;
Y el llanto ya enjugado, dichoso doy al viento
Los cantos que me inspira la dulce educación.

Y en deliciosos versos, las horas placenteras,
Recuerdo de mi infancia, que alegres ví pasar.
¡Angelicales horas, felices, ¡lisonjeras!
¡Ensueños de esperanza! ¡Principios del gozar!

Alegre canto entonces. La dulce melodía
Me dan las avecillas del bosque en la extensión:
Sus cantos ¡ah! me inflaman, me llenan de alegría
E infunden en mi mente raudal de inspiración!

Y con mi caro padre me muestro agradecido,
Que supo cuánto valen la ciencia y la virtud;
Por eso al Seminario enviéme decidido,
Y hoy guardea á este colegio eterna gratitud.

¡Eterno ¡oh Seminario! serás en mi memoria!
¡Tu nombre, en mi tristeza, con llanto evocaré!
¡Y, aun cuando mi existencia de dicha transitoria
Se encuentre coronada, de tí me acordaré!

A la Ciencia

Tú eres, Ciencia, la luz que desprendida
Del mismo Dios, con mágico portento
Iluminas del hombre el pensamiento
En medio de las sombras de la vida.

Tu augusta voz á descifrar convida
Los arcanos que guarda el firmamento;
Se postra el mar al escuchar tu acento,
Y la tierra ante tí yace rendida.

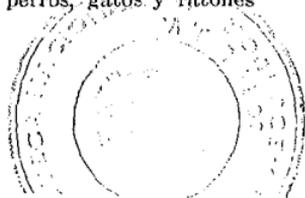
Si vuela hoy la palabra inteligente
Y recorre la tierra en un segundo,
Si el vapor con su fuerza prepotente
Ha transformado la mitad del mundo,
Ya tú ¡oh Ciencia! del orbe soberana,
Con luz más pura alumbrarás mañana.

Ante el milagro de Porras *

En un cuadro muy bonito
De hermoso marco dorado,
Está allí representado
Martín de Porras bendito.
A sus pies el ratoncito
Con el perro está y el gato,
Que pasan su alegre rato
Cual gente de buena crianza,
Comiendo en dulce confianza,
Todos en un mismo plato.

Ante este cuadro famoso
Una muchedumbre llega,
Se arrodilla, inciensa y ruega
Con acento fervoroso.
Allí me acerco, curioso
Por ver si la devoción
Es al perro ó al ratón,
A Martín Porras ó al gato;
Y ¡quién creyera! Es al plato
Que rinden adoración!

* D. Lizardo García, que usó el seudónimo de *Martín de Porras* en varios artículos que publicó por la prensa, al subir á la Presidencia de la República llamó á su lado á radicales, liberales y conservadores: perros, gatos y ratones del presupuesto.



A la señora Mercedes S. de Moscoso

Con motivo del estreno de su drama

MARTIRIO SIN CULPA.

Broten siempre raudales de armonía
De tu laúd magnífico y sonoro,
Como esos cantos que en arpaado coro
Las aves lanzan al morir el día.

Ya ofrendaste en el templo de Thalía
Tu *Martirio sin culpa*... Ese tesoro
Que apreciará la patria más que el oro
Que la natura en sus entrañas cría.

Desde la margen de tu caro Guayas,
Que de verdura tropical reviste
Sus hechiceras, sonrientes playas,

Tu pueblo te acompaña en tu victoria,
Hoy que tu frente pensadora y triste
De laurel inmortal ciñe la Gloria!

De regreso á mi patria

Ruge el mar y sollozan las olas,
Sopla el viento con furia y pavor,
Y una cinta de blancas espumas
Va orgulloso dejando el vapor.

¡Oh! si es bella mi patria adorada,
¡Qué entusiasmo por verla tendré!
¡Adelante, vapor, adelante
Que mi patria muy presto veré!

Ya se mira el perfil de los Andes
Que atraviesan mi bello Ecuador,
Do levanta soberbio la frente
Chimborazo de todos señor.

Y ¡cuán grata se ofrece á mi vista,
De este cuadro en el vasto confín,
La dichosa ciudad que fue cuna
Del insigne Cantor de Junín!

Se reclina en un lecho de flores
Esta hurí de los mares del sud,
Do sonriente á sus plantas el Guayas
Se adormece en profunda quietud.

Orgullosos los mares admiran
A esta virgen del bello Ecuador;

Bondadosos los cielos le rinden
El debido tributo de amor.

Todo el suelo que abarca su vista
Se presenta cual vasto jardín,
Do brillantes circundan su frente
La magnolia, la rosa, el jazmín.

¡Oh! si dable á este triste le fuera,
Guayaquil, en tu seno pasar,
¡Cuántas veces me vieras alegre
Por tus playas errante vagar!

Con las lindas morenas del Guayas,
¡Cuántas veces me vieras feliz
Navegando en las noches de luna,
Al impulso del aura sutil!

Tánta dicha no es dable al que gime
Bajo el peso del duro pesar;
Ojalá que cambiando la suerte,
Yo te pueda feliz saludar:

“¡Salve, oh Virgen, que duermes rendida
Bajo verdes, sonrientes palmeras,
Hoy que piso feliz tus riberas
Te saluda mi fiel corazón!”

Hasta entonces, de tí se despide
El cantor, y su musa sencilla,
Cual extraña infeliz florecilla,
Te dedica esta humilde canción.

El Indio

Te dio el cielo sus dones con largueza:
El Sol brillante y la apacible Luna
Por dioses tutelares. La Fortuna
Nunca extremó contigo su fiereza.

Pródiga la feraz Naturaleza
Te dio un suelo riquísimo por cuna,
Floridos campos, nítida laguna
Y niveos montes de sin par belleza.

Mas esos bienes que te diera el cielo
Para hacerte dichoso, grande y fuerte,
Sirvieron ¡ ay! al fin para perderte.
¿Qué esperanza te queda?; ¿qué consuelo
Hoy infeliz, al contemplar tu suerte,
Si eres un paria en tu nativo suelo?

La Palma

Con arrogante majestad levanta
Su penacho en el bosque la Palmera,
Y columpia sus ramos placentera
Aunque ruja furioso el huracán.
Con ella sueña el vate en sus cantares,
Y por ella en los campos de batalla,
El soldado no teme á la metralla
Y combate por Gloria y Libertad.

Un buen consejo

Que el hombre, como, al fin hecho de barro,
Se fume su cigarro,
O que una vieja repugnante y fea
Eche humo cual horrible chimenea,
Poco importa; pero es una locura
Que una muchacha angelical, bonita,
Ensucie su boquita,
Eclipsando con humo su hermosura.

Tú que sueñas con ángeles y flores,
Porque estás en la edad de los amores,
Si quieres conservar tu boca pura
Y el brillo de tus ojos soberanos,
Arroja con desdén á la basura
El cigarro que caiga entre tus manos.

El Catarama

(Al Sr. Arcadio A. Ayala.)

Soberbio el *Catarama* va creciendo
Coronado de espuma refulgente,
Y arrastrando en su rápida corriente
Arboles mil en bullicioso estruendo.

De aljofaradas perlas va cubriendo
Las flores que se miran en su fuente,
O, al besarlas frenético, impaciente
Va sus bellas corolas esparciendo.

Ya se estrecha en su cauce, y de ira ciego
En remolinos mil bulle y se agita;
Hervoroso se pára, ruge y brama;
Se hincha de pronto, se retuerce y luego
Con ímpetu veloz se precipita
Y entre el bosque florido se derrama.

La Ciencia

Composición declamada por la señorita Rosa

Elena Béjar en los exámenes de la Escuela

Fiscal "Bolívar," año de 1905.

Luz del alma es la Ciencia,
Que disipa las sombras del camino
Por do arrastra—cumpliendo su destino—
La humanidad su mísera existencia.

Sin la ciencia, los hombres primitivos,
Asombrados, sus pasos detenían,
Al escuchar distante
Del mar sonoro el eco retumbante,
Y, tristes, pensativos
A sus humildes chozas se volvían!

Los bosques de palmeras seculares,
Las diamantinas aguas del torrente,
Las estrellas, que brillan á millares
En la extensión sin límites del cielo;
El bello sol, la luna refulgente,
La flor que se abre; el pájaro, que el vuelo .
Por los aires ensaya diligente,
Eran misterios para aquella gente,
Que sus hijos quemaba en los altares
En ofrenda á sus dioses tutelares.

Lució por fin el suspirado día
 En que la Ciencia iluminó la tierra,
 Inundando las almas de alegría,
 Disipando del mundo la ignorancia:
 Y Grecia, Italia y Francia,
 Alemania, Inglaterra,
 La patria de Pizarro y de Cervantes,
 Abrieron, generosas, anhelantes,
 A la noble y feliz inteligencia
 Los vastos horizontes de la Ciencia.

Inspirado talvez del alto cielo
 Halló Colón, en premio á su osadía,
 El mundo que en su mente presentía;
 Gutenberg con la Imprenta
 Alas dió al pensamiento, á la memoria
 Firmeza y nueva guía;
 Y cubrióse Copérnico de gloria
 Al sorprender al Sol como se ostenta
 En su trono magnífico de fuego,
 Como á su influjo brilla y se sustenta
 Nuestro Globo girando sin sociego.
 Y, aunque escucha el feroz chisporroteo
 De la hoguera con que se le intimida,
 ; *Bajo sus plantas siente Galileo*
 La Tierra estremecerse conmovida!

Franklin con soberano
 Misterioso poder, aquí en el suelo
 Encadenó con su potente mano
 El rayo de la cólera del cielo;
 Y hoy, sin que á nadie asombre,
 ¡Eléctrica también la voz del hombre
 Cual incansable atleta
 Trepa el alta montaña, cruza el llano
 Y, atravesando el férvido océano,
 Mil veces gira en torno del planeta!

Surca el vapor los orgullosos mares
 Con su penacho de flotante nube,
 Y silbante la audaz locomotora
 Desde los valles á la sierra sube.
 Y el hombre con su genio soberano
 Va con segura planta
 Al porvenir glorioso que le espera:
 El compás y el martillo en una mano,
 En la otra su bandera,
 Llevado de su grande poderío,
 ¡Adelante!—se dice—¡El mundo es mío!

Con entusiasmo ardiente
 Perfora las montañas;
 De la tierra visita las entrañas,
 Y al fondo baja de la mar bravía,
 Buscando en todas partes impaciente
 El dorado metal que tanto ansía.

Ya asomará radiante
 El iris de la paz allá en el cielo;
 Entonces sí triunfante
 Amor sublime reinará en el suelo:
 Ante el Progreso la maldita Guerra
 Depondrá al fin su cólera salvaje,
 Y las naciones todas, sin recelo
 Sus quejas llevarán al arbitraje;
 No ofrendará su vida el ciudadano
 Por cambiar de tirano,
 Y en vez de sangre, regará la tierra
 El fecundo sudor del artesano.

¡Feliz quien pueda saludar la aurora
 De tan dichoso día!
 Mas, mientras llega esa hora
 Con que sueña talvez la fantasía,

Levantemos en nuestros corazones
Un patriótico altar á la memoria
De los sabios, los ínclitos varones
Que arrancaron de manos de la Gloria
Ese laurel sagrado
Que no se agosta nunca ni se abate,
Cual se marchita y cae avergonzado
El que ciñe la frente del soldado
En los campos sangrientos de combate;
Y exclame el mundo entero alborozado:
¡Gloria á los hombres de saber profundo!
¡Gloria á la Ciencia que ilumina al mundo!

A la Luna

Otros amen del Sol el rubicundo
Semblante que soberbio centellea,
Yo te prefiero ¡oh Luna!: me recrea
Verte girar en el azul profundo.

A tu mirada, el ceño furibundo
Depone el mar; el ruiseñor gorgea;
La brisa entre las flores juguetea,
Y se estremece de placer el mundo.

No me admira, que al verte tan hermosa,
Te hayan mil pueblos con afán querido,
Que, del cielo creyéndote una diosa,
Aun altares te hubiesen erigido;
Pues, cuando alumbras con tu luz el suelo,
¿Quién no levanta la mirada al cielo?

Mirlos.



Vivir es amar.

Sin flores ¿qué fuera el prado?
Sin el sol ¿qué fuera el cielo?
¿Y qué sería este suelo
Si no hubiera la mujer?
¡La mujer! La más preciosa
Obra que ostenta natura:
Ella alivia la tristura
Que nos causa el padecer.

Ella, con una mirada,
Infunde amor á la gloria:
Por vivir en su memoria
Canta el dulce trovador;
El guerrero sus laureles
Conquista en lid sanguinosa,
Y á las plantas de una hermosa
Los ofrenda con amor.

Sin la mujer, fuera el mundo
Un desierto de dolores,
Do, sin amor y sin flores,
Nadie quisiera habitar.
Pues ¡cuán triste no sería
Morir al dolor uncido,
Sin jamás haber vivido!
Porque vivir es amar.

Ven.

Tú beberás de las aguas
 De estas fuentes cristalinas,
 Y rosas y clavellinas
 Con su olor te embriagarán;
 Y bellos serán los días
 Que pases enamorada,
 A la orilla reclinada
 Del sonoro manantial.

De pintados pajarillos
 Oirás el canto armonioso,
 Y, al verte, llenos de gozo
 Aquí vendrán á posar:
 La brisa, que juguetona
 Murmura en esta arboleda,
 Hasta tí llegará leda
 Con tus bucles á jugar.

Y en las noches en que el alma
 Llora triste sus pesares,
 Yo entonaré mis cantares
 Para tu llanto enjugar:
 Mi amor será tu consuelo,
 Tu amor será mi alegría,
 Y en tus brazos, alma mía,
 Para mi no habrá pesar.

Ven y formemos, querida,
Aquí en el bosque un asilo,
Donde yo pueda tranquilo
De tus encantos gozar:
Que dos almas que se adoran
En el mundo hallan su cielo
Tienen paz, dulce consuelo,
Y hacen su felicidad.



Después de haberlo visto

Nada quiero ya en la vida,
Pues me mata la tristeza,
Porque he visto tu belleza
Y he admirado tu candor,
E imposible es adorarte
Cual merece tu hermosura;
¡Sólo un ángel de ternura
Fuera digno de tu amor!

*Prefiero el amor.**(Canto de un soldado.)*

Yo he querido siempre
Tenerte á mi lado,
Graciosa morena
De dulce mirar;
Mas Dios no ha querido
Que un pobre soldado
Tuviera la dicha
De hacerse inmortal.

Pues viendo tus ojos
Yo fuera invencible,
Y nadie pudiera
Mi amor disputar;
Ni el Dios de los cielos
Me fuese temible
Y el mundo á mis plantas
Lo viera rodar;

Mas ¡ay! que envidiosa
E injusta la suerte
Me priva mi vida,
De estar junto á tí,
Y miro las balas
Que anuncian mi muerte,
Y el fiero calibre
Del duro fusil.

Jamás será justo
Que al pobre soldado
Se prive de gloria
Cual brinda el amor;
Que siempre sufrido
Y siempre esforzado
Persiga quimeras
Con nombre de honor;

Que sufra del clima
Los duros rigores,
Del fiero enemigo
El hierro traidor,
Y goce un ocioso
Después los honores
Y obtenga del pueblo
También el favor.

Me vendo, señora,
Me paso á tus filas;
Que venga el destino
Me ponga á tus pies,
Y juntos pasemos
Las horas tranquilas
Que en medio del mundo
Nos brinda el placer.

Que luego la muerte
Me ofrezca descanso,
Tendido en mi lecho
Sin grande temor;
Después, en los cielos,
Es justo que al manso
Corone benigna
La mano de Dios.

Y alguno se acuerde
Que un triste soldado,
Dejando de Marte
El fiero pendón,
Altivo pasóse
Y muy denodado
Al campo tranquilo
Que manda el Amor.

Un suspiro.

Si las benignas musas
Del pintoresco Guayas,
Desde la hermosa costa
Me dan inspiración,
Yo quiero desde Quito
Correr aquellas playas,
Para alegrar, si puedo,
Mi triste corazón.

Cantar es delicioso:
Se alivian nuestras penas;
Cantemos, pues, oh musas,
Cantemos al dolor;
Cantemos sí, ya es hora:
Rompamos las cadenas
Que aprisionadas tienen
Las cuitas del Cantor.

Las riendas soltaremos
Al llanto y la amargura;
Resuene entre los bosques
El eco del dolor;
No cese nuestra queja,
Traspase la llanura
Y enviemos sus acentos
En alas del amor.

¿A dónde vas perdido,
Suspiro venturoso,
Cual grito lastimero
De herido corazón?
—De un joven soy enviado,
Que amante y pesaroso,
A do su amada mora
Dirige su canción.

Yo soy su mensajero,
Su amigo más querido:
Cuando le siento triste,
Mi canto es el dolor;
Mas, si le veo alegre,
Entonce enardecido
Entono mil endechas
De delirante amor.

Ya lágrimas surcaron
Sus pálidas mejillas,
Su cielo de esperanzas
Confuso se nubló;
Le fueron ya molestas
Las lindas avecillas,
La vista de los campos
Tristeza le inspiró.

Y triste ha contemplado
El vasto firmamento,
Buscando en las estrellas
Alivio á su dolor,
Y enviando los suspiros
Que arranca el sufrimiento,
Hasta las gradas mismas
Del trono del Señor.

Hoy llora sus tristezas
Su pecho lacerado;
Recuerdos son los cantos
Que da su inspiración:
Suspira congojoso
Y evoca lo pasado,
Sus quejas dando al viento,
Ya roto el corazón.

Su amada es su consuelo,
Su luz y su ventura;
En ella, cuando niño,
Halló para su amor
Palabras melodiosas
De paz y de dulzura:
Consuelo en la tristeza
Que deja el sinsabor.

Por eso corro, vuelo....
Y en alas de la brisa
Le llevo por ofrenda
Su amante corazón.
Espero yo de ese ángel
Robar una sonrisa
Que cambie de mi dueño
En gozo su aflicción.

Quito—1891.

Solo el amor.

Sí, fuera del amor todo es mentira
 Cuanto en el mundo existe:
 Apenas al sol luce sus primores
 La flor primaveral en la mañana,
 Cuando á la tarde, triste,
 Despojada de gracia, sin colores,
 Doblega su corola soberana.

Cuando se asoma por oriente el día,
 Naturaleza en célica armonía
 Un himno entona al Hacedor del mundo,
 Llega la tarde con sus horas tristes
 Y de luto se cubre la natura,
 Y en medio del silencio más profundo
 Retumba el trueno y con horror fulgura
 La cumbre de los montes, de do bajan
 Torrentes que amenazan la llanura,
 Y el relámpago rasga con su lumbré
 La densa oscuridad, sembrando muerte
 En el valle, en el mar y en la espesura.

Se cierne airosa en la región del viento
 El águila altanera, y desafía
 Al Aquilón violento,
 Mirando sin cesar al rey del día;
 Mas, presto pagará su atrevimiento,
 Desde esa altura bajará á la tierra,
 Desvalida, sin fuerzas, sin aliento.

Por descubrir un átomo de ciencia,
 Pasa en largas vigiliass
 El sabio su existencia;
 El vate entona melodiosos himnos
 Ensalzando el valor y las hazañas
 Del que supo feliz en cien campañas
 Donarnos libertad é independencia;
 Con sin igual porfía
 Surca impaciente el bravo marinero
 Los turbulentos mares,
 Buscando las incógnitas regiones
 Que soñara su ardiente fantasía,
 Para dar á sus reyes *más imperios*
Que ciudades tuvieron sus naciones,
 ¿Cuál el premio será cuando los años
 Demanden para aquellos un abrigo?
 —¡La negra ingratitud, los desengaños,
 Y el harapo asqueroso del mendigo!

¡Con qué sin par dulzura,
 Sonriente el labio, palpitante el pecho,
 Se admira á la mujer, á quien natura
 Con gracias celestiales ha formado!
 Los bellos ojos de morena ardiente,
 Esa boca pequeña y sonrosada
 Do vaga maliciosa la sonrisa,
 La frente con orgullo levantada,
 El talle esbelto, de inmortal belleza,
 El cabello abundante y destrenzado
 Que cautiva al mirarlo y embelesa.
 ¿De ardorosa pasión quién no suspira,
 Si escuchando su acento melodioso,
 Estrechada en los brazos se la admira,
 Si se roba á su labio el cadencioso
 Beso de esa mujer, dulce y sabroso?
 ¡Sí, fuera del amor, todo es mentira!

Lo que prefiero yo.

Mirar el rostro de un ángel
Del que llamamos *mujer*,
Sentir palpitár el pecho
De ventura y de placer,
Una bonita novela
Entre las manos tener,
Es cuanto el hombre desea
Cansado de padecer.
Yo quisiera lo primero,
¿Y quién no lo ha de querer?
Mirar tu rostro, ángel mío,
Aunque muriera después.

Felicidad.

¡Qué feliz era
Yo cuando niño!
¡Con qué cariño
Te saludé,
Cuando en el prado,
Niña graciosa,
Cual nunca hermosa
Yo te miré!

¡Ay! desde entonces,
Sedianta el alma
Perdió su calma
Por el amor!
Mas hoy ¡felice!
En la campiña
Para tí, niña,
Busco una flor.

Y si la encuentro
Gentil y bella
Cual linda estrella,
Cual tu beldad,
La flor que busco
Quiero ofrecerla
Como una perla
De mi amistad.

Si la recibes
Tú bondadosa,
Será dichosa
Mi alma infeliz,
Y desde luego,
Niña querida,
Toda mi vida
Consagro á tí.

Aquesta ofrenda
De un fiel amante,
Será constante,
Será eternal;
Por ella mi alma
Cuando sucumba
Ni aun en la tumba
Te olviderá.

Mi patria y mi novia

Luminosas comarcas de mi patria,
Mares azules, lagos transparentes,
Arroyos cáudalosos
De impetuosas corrientes
Que se arrojan soberbios de los montes;
Abiertos horizontes,
Allá, cuando fui niño,
¡Con qué placer os vi! ¡con qué cariño!

¿Por qué privado vivo
De vuestra hermosa y grata compañía?
¿Por qué, sin ser cautivo,
No puedo verte, amada patria mía?

¡Oh! destino inclemente,
Que así privas al hombre de lo que ama,
Y avivas cruel la llama
De su pasión ardiente,
Y luégo, indiferente
Al llanto y al dolor del que suspira,
Ni compasión te inspira
El pecho lacerado
Que vive á eterno duelo condenado.

Una morena hermosa
Dejé en la patria mía,
Que amante y cariñosa

Conmigo compartía
Sus tristezas, su amor y su alegría.

Llorosa, en el instante
Que estrechada en mis brazos la tenía,
Palpitante de amor, así decía:
Sé siempre tú constante;
No olvides nunca á la que fiel te adora,
Que tu partida llora
Sin poderte seguir por esas playas,
¡Ay! muy distantes del hermoso Guayas.
Si no olvidas mi amor y mis caricias,
Y mi llanto no olvidas ¡qué delicias
Al verte sentiré, si enamorado
Regresas á mi lado!

Te vas, querido amigo;
Que Dios te ampare, y el destino sea
Feliz cual lo desea
Mi amor para contigo:
Halles do quier abrigo,
Te depare natura por doquiera
Deliciosa y alegre primavera.

Así me dijo el bien á quien adoro.
¿Y verla no podré, destino insano,
Ni un instante siquiera
Para enjugar su lloro,
Para estrechar su mano?

Si un momento la viera
Junto á mi pecho, en amorosos lazos,
¡Con qué dulces palabras la dijera,
Entre besos y trémulos abrazos,
Lo mucho que la quise y la quisiera!

Después de cuatro años

Mujer, yo te adoré, y en tus altares
 Amor que no ha trocado en desengaños
 Sus dulces ilusiones,
 Con esa fe de los primeros años
 Te rindió culto y ofrendó sus dones.

Luégo el destino impío
 Me separó de tí, dulce bien mío;
 Pero al decirte adiós, tú me juraste
 Amarme con ternura hasta la muerte,
 Y hoy ¡felicé de mí! vuelvo á ofrecerte
 El mismo corazón que tanto amaste.

Encadena tu brazo con el mío,
 Angélica mujer, y á la ribera
 Del más risueño y cristalino río,
 Bajo el ramaje de este bosque umbrío,
 Gozaremos de alegre primavera.

Inflamados de amor los corazones,
 Olvidemos el mundo. A los reflejos
 De la luz que ilumina nuestra frente,
 Entonemos dulcísimas canciones
 Con la brisa que gime dulcemente,
 Y resuenen del bosque en la espesura
 Cual el canto del pájaro inocente
 Que enamorado llora
 Viendo nacer espléndida la aurora.

Fantásticos ensueños,
Lisonjera ilusión del alma mía,
Venid aquí conmigo,
A solas, sin testigo,
Bajo este bosque, á la ribera hermosa
Donde se ostentan las brillantes flores,
Venid aquí, que Venus cariñosa
Brinda placeres, juventud y amores.

También, querida mía,
Goza tú del magnífico embeleso
Con que natura en célica armonía
Nos embriaga del aura en cada beso.
Mira allí el río: en olas transparentes
Y en deliciosa calma
Se deslizan sus plácidas corrientes,
Como pasan ligeros y sonrientes
Los gratos pensamientos por el alma.

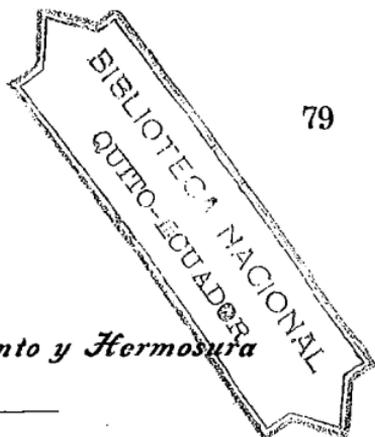
Admira la esbeltez de la palmera,
De las aves escucha la armonía,
Y aspira la suavísima ambrosía
Que derrama la flor en la pradera.
Canta, mujer querida,
Estrofas al placer y al sentimiento;
Hoy que á gozar natura nos convida,
Apartando del mundo el pensamiento,
Entonemos el himno de la vida.

Los pajarillos detendrán su vuelo
Modulando dulcísimos cantares,
Al conocer que hay dicha en este suelo
Para aquellos que olvidan sus pesares
Y se remontan en amor al cielo
Colocando en el bosque sus altares.

Entonces

Cuando vuelva el invierno generoso
A cubrir con sus flores la enramada,
El *consejero* (*) entonará dichoso
Sus endechas de amor á su adorada;
Mientras tu pobre y desdichado amante,
Lejos de tí, recordará con pena
Tu sonrisa hechicera y tu fragante
Boca de amor y de dulzuras llena.

(*) El *consejero* es una especie de mirlo de nuestros bosques del litoral. Al entrar el invierno, puebla las selvas con sus trinos, desde la aurora hasta la noche.



Virtud, Talento y Hermosura

Á AMELIA

La virtud se presenta por doquiera
De luz esplendorosa revestida,
¿Y el Dios-Talento que en el alma anida,
No es un monarca que en el mundo impera?

El hombre al ver á la mujer primera
Más bella que el amor, más que la vida,
Renuncia al cielo, de su Dios se olvida
Y adora á su divina compañera!

Si estos dones tan caros y tan bellos
Son de este suelo los mejores bienes
Que avara nos concede la natura,
Y se llama feliz quien goza de ellos,
¿Qué más quieres, Amelia, si tu tienes
La virtud, el talento y la hermosura?

¡Adios!

¡Adiós! ¡No puedo pronunciar tu nombre!
¡Quiero en tus brazos ofrendar mi vida!..
¡Pues llanto sólo, al separarse el hombre,
Dejar puede, mi bien, en despedida!

Angel de amor en juveniles días,
Ensueño de mi mente fatigada,
Vive dichosa, llena de alegrías,
Arda en amor tu frente inmaculada!

Mientras tú goces de delicias tantas,
Tu pobre amante vivirá dichoso:
Tu dulce voz escucharé, si cantas,
Aunque lejos me encuentre y pesaroso.

Mas, si tú lloras en profundo duelo,
Yo, robando del cielo la alegría,
Una corona digna de otro suelo
Conquistaré para tu sien, María.

Desencanto

Pasaron ya las horas
De amor y de alegría;
Recuerdos solamente
Conservo en mi dolor:
Las lágrimas que vierto
De atroz melancolía,
No hay mano cariñosa
Que enjugue con amor.

Un tiempo fui dichoso;
¡Acuérdate, oh María!
Reinaba aquí en mi pecho
La dicha y el placer:
Felice yo mil veces,
Gozando en mi alegría
Jamás pensé siquiera
Lo que era el padecer.

¿Te acuerdas? Eras niña,
Y amante y candorosa,
“Te adoro—me dijiste—
Con grande frenesí.”
¿Recuerdas que tomando
Tu mano temblorosa,
Con entusiasmo ardiente
Mi vida te ofrecí?

Y luégo nos juramos
Que amantes, en la vida,
Sólo gozaríamos,
Amor, felicidad.
Llevando en mi memoria
Promesa tan querida,
Mis ojos se extasiaban
Tan sólo en tu beldad.

Mas presto se nublaron
Las horas de esperanza:
La dicha y el contento
Fugaces ví pasar,
Cual nube vaporosa
Que cruza en lontananza
En alas de los vientos
Que mugen sin cesar;

Y sin hallar consuelo,
Maldije la existencia
Del Dios que de la nada
Propicio nos formó.
No tuve de mis actos
Siquiera la conciencia,
Y entonces ¡ay! entonces
Mi sér envejeció.!

A.....

Ya no esperes de mis labios
Palabras de amor benditas;
Hoy sólo flores marchitas
Conservo, niña, de amor;
Pues ya pasaron los días
En que soñaba placeres,
Por eso, mi bien, no esperes
Recibir más que esta flor.

Flor triste como mis cantos,
Porque ha nacido en tristeza,
Y su misma gentileza
La debe á su padecer:
Es la humilde flor del prado,
Pura, fragante y sencilla;
Esta pobre florecilla
Es la que pongo á tus pies.

A tí y á ellos

Tú escucharás magníficos cantares
De los genios mimados del amor,
Mientras yo, devorado de pesares,
Oculto con sonrisas mi dolor.

¡Felices, ah vosotros, que entusiastas
Olvidáis vuestra pena en el festín,
Y gozáis embebidos en las castas
Sonrisas de humanado serafín!

¡Triste de mí que aprisionado vivo
Al férreo yugo de infernal dolor,
Y aunque libre me llaman, soy cautivo,
Y gozar ¡ay! no puedo de tu amor!

Como pasa la hermosa primavera,
Pasó alegre mi bella juventud;
Pasó con sus amores y quimera,
Con sus sueños de gloria y de virtud.

Sólo recuerdos de esa edad querida
Cuidadoso conserva el corazón,
Que atraen á la memoria dolorida
Tristes historias de inmortal pasión.

Ya no busco en el mundo los placeres,
Ni mendigo sonrisas de beldad,

Quedad en paz, fantásticas mujeres,
"A otras jóvenes almas engañad."

Ardorosa y sedienta de emociones,
Marche al festín la loca juventud
A turbar inocentes corazones,
A empañar con su aliento la virtud.

Y sigan en sus danzas y cantares
Esos genios mimados del amor;
Mientras yo, devorado de pesares,
Oculto con sonrisas mi dolor.

En el álbum de Carmen Elvira Silva

Dejé mis verdes, plácidos palmares,
 Y, llena el alma de inmortal ventura
 Y el corazón de gozo transportado,
 Ansioso vine á visitar tus lares;
 Y, al contemplar absorto tu hermosura,
 Me dijeron que cante, y he cantado.

Perdona, Carmen, si mi rudo acento
 No ha podido expresar lo que yo siento,
 Porque, al verte tan bella y tan graciosa
 Como un botón de perfumada rosa
 Que entreabre apenas su capullo al sol,
 Calló mi labio, y la mirada ansiosa
 La puse en tí, sumisa y cariñosa,
 Como quien mira espléndida visión.
 Y al pronunciar tu nombre,
 Tan grato y dulce al alma,
 Como resuena en apacible calma
 Inspirada canción;
 Y al verte tan modesta y tan sencilla,
 ¿Qué puede hacer el hombre,
 Sino doblar humilde la rodilla
 Y, postrado, rendirte adoración?

Mañana dejará tus dulces lares
 Tu pobre amigo, triste é infeliz;

Pero á la sombra allá de sus palmares,
Al entonar ¡oh niña! sus cantares,
¡Jamás, jamás se olvidará de tí!

Quito, 12 de Agosto de 1909.

Postales

A Clorinda

¡Cómo quisiera, Clorinda mía,
Allá, á tu lado, ponerme Dios,
Do contemplara con alegría
Los más hermosos, gratos destellos
De esos tus ojos garzos y bellos
Con que natura te embelleció!

* *
* *

Dicen que la tristeza
Tu rostro descolora,
Y que tanta nostalgia
El pecho te devora,
Que ya tan sólo inspiras,
Al verte, compasión.
¡Quién sabe si esa pena
Que tanto sientes ahora,
Será porque has dejado,
Clorinda encantadora,
Del Guayas á la orilla
Tu tierno corazón!

En un pensamiento

En esa corola linda,
En que Natura le brinda
Néctar dulce al colibrí,
Esta flor dice, Clorinda:
¡“Nunca te olvides de mí!”

* *
* *

Bella es tu vida,
Porque en tu frente
Luce sonriente
La juventud,
Y miras todo
De mil colores
Y aves y flores
Dicen, Clorinda,
Que tú eres linda
Cual un querub.

A Rosa

Jamás ninguna rosa
Tan blanca como tú, ni tan preciosa
Nació á la margen de mi caro río,
Pues Dios quiso en su inmenso poderío
Que fueras, además, mujer y diosa.
Y ante esa luz que fúlgida destellas
De tus divinos ojos, Rosa mía,
Se muestran envidiosas las estrellas
Y más hermoso resplandece el día.

A Leonor

La noche extiende su negro manto,
Cierra su cáliz mustia la flor,
Y el ave entona su triste canto
Porque en ocaso se oculta el sol:
Todo es tinieblas, melancolía,
Ayes, suspiros y confusión;
Pero si esparcen ¡oh niña mía!
En ese bosque su resplandor
Tus bellos ojos llenos de encanto,
Y allí se escucha tu dulce voz,
La vida extiende su augusto manto,
Las aves cantan y alumbra el sol.

* *
*

¿Quién ignorarlo puede
Que eres, Leonor preciosa,
La dicha y el contento
Y el ángel de tu hogar?
De esos floridos campos
La virgen más hermosa,
Del cristalino río
La náyade sin par?

A Berta

Llena de gracia y de filial ternura,
Eres hoy el encanto de tu hogar,
¡Quién te vea mañana joven pura,
Educada y de espléndida hermosura,
Con envidia te tiene que admirar!

A Angela Matilde

«Entre estas flores hermosas
 Veo una niña sentada,
 Que está leyendo extasiada
 Sus postales primorosas.
 Me acerco, parece bella
 Y cual la violeta, humilde.
 ¡Vaya, si ha sido Matilde!
 ¡Nadie más hermosa que ella!
 ¡Oh! si esta niña es tan pura,
 Tan modesta y tan preciosa,
 Que bien merece ser diosa
 De la gracia y la hermosura!»

Así dijo el caballero
 Que á Matilde contempló;
 Y sonriendo placentero,
 Por el florido sendero
 En silencio se alejó.

* *
 *

Yo sé que el cielo, al formarte,
 Divino rostro, ojos bellos,
 Te dió, y hermosos cabellos,
 Y, como rosa en botón,
 Una perfumada boca
 Y otros mil preciosos bienes;
 Pero ¡ay! lo que mejor tienes
 Es tu noble corazón!

A Beatriz Alemán

Si entre mil astros radiosos
Sirio es la más linda estrella,
No la envidies, niña bella;
Pues que tus ojos preciosos
Despiden más lumbré que ella.

A Beatriz Garcia

Cual esta fragante rosa,
Gala del florido Abril,
Hay una niña graciosa,
De alma noble y generosa:
Tal es la bella Beatriz.

A Natalia Becilla

No te conozco, pero sé que tienes
Ojos brillantes como nuestro sol;
Que de hermosura, en tus divinas sienes,
Una guirnalda ha colocado Dios.

A Margarita

Yo quisiera cantar en este día
Ensalzando tu gracia y tu virtud;
Mas embarga mi voz tanta alegría
Que no suenan las cuerdas de mi laúd,
Pero escucha, mi vida, lo que siento,
Lo que mi alma ambiciona para tí:
Que feliz siempre y llena de contento
Sientas, como hoy, tu corazón latir.

A María Acosta D.

Al mirar tu bizarría
Y ante el fuego de tus ojos,
¿Quién no se postra de hinojos
Y besa tus pies, María?
Por eso hoy la musa mía,
Su estrofa dando á los vientos,
Expresa sus sentimientos,
Y de rodillas después,
Depone humilde á tus pies
Esos pobres pensamientos.

A Rosa

Por sus variados colores
Y por ser la más hermosa,
Es sin disputa la rosa
Reina de todas las flores;
Y tú, mujer hechicera,
Por tu angelical figura
Eres rosa verdadera
Del jardín de la hermosura.

A Anita

Tú eres como el capullo de la rosa
Que abre al sol sus bellísimos colores;
Pues eres una niña tan preciosa
Que al formarte natura, generosa
En tí agotó sus mágicos primores.

A Angélica

Porque Angélica te llamas,
Y eres bella como un sol,
Con el fuego que derramas
De tus ojos ¡ay! inflamas
Más de un pobre corazón!

Pero más que tu hermosura,
Yo bendigo tu bondad,
Tu cariño, tu ternura:
Flores cuya galanura
No se marchita jamás.

Sí, cultiva aquellas flores
Del jardín de la virtud;
Que si mezclas sus olores
A tus encantos y amores,
No habrá mujer como tú.

Y ese tu nombre gracioso
En otro se cambiará;
Quizá no tan armonioso,
Pero igualmente precioso,
Pues serás *angelical*.

A Perpetua Araujo

Tú eres feliz porque tienes
Alma noble y generosa,
Y eres modesta y graciosa
Como un capullo de flor:
Y es por eso, niña bella,
Que quien una vez te mira,
Te ama, te adora, te admira
Cual te admiro y te amo yo.

A Aurora

Ese tu nombre precioso
Me dice con dulce anhelo,
Que hay en tus ojos un cielo
Y en tu rostro hay arrebol,
Y que las Gracias formaron
Tu cuerpo espléndido y bello
Y en tu dorado cabello
Fundió sus rayos el sol.

A.....

Todos me dicen que en tus ojos bellos
Un mundo encierras de inmortal pasión,
Que aquél que llega á contemplarse en ellos
Siente abrasado en fuego el corazón.

¡Feliz mil veces quien allí de hinojos
Postrado, linda virgen, á tus pies,
Se quemara en la lumbre de tus ojos
Y muriera después!



A María

Algo quisiera escribirte,
¡Oh! linda preciosa hurí!
¿Mas qué podré yo decirte
Que fuera digno de tí?

A Angela

Tu mirada me electriza,
Y es tan dulce tu sonrisa
Y bella eres cual querub,
Que tu nombre simboliza
Amor, belleza y virtud.

Pasionarias.

El nombre de María

En lo íntimo del alma, allí escondido,
 Guardo un nombre de dulce melodía,
 Un nombre que pronuncio conmovido
 Y hoy recuerda mi triste fantasía:
 El nombre de María.

Lo repite la fuente gemidora,
 Y la avecilla canta de alegría,
 Con dulce trino y gracia seductora,
 Entre las ramas de la selva umbría,
 El nombre de María.

Al despuntar la aurora en el oriente,
 Mensajera feliz de un nuevo día,
 Trae escrito con perlas en su frente
 Y en lenguaje de eterna poesía
 El nombre de María.

El viento, que agitando los pensiles
 Acaricia las flores á porfía,
 Va dejando en sus pétalos sutiles
 Con gentil ademán y gallardía
 El nombre de María.

La inconstante y dorada mariposa
 Al revolar en la región vacía,

Con sus alas descifra cariñosa
La palabra fecunda en armonía:
El nombre de María.

Y á mí también, cuando el supremo instante
Mire llegar del postrimero día,
Cuando mis ojos busquen el radiante
Hermoso cielo que forjó mi mente,
Permite que mi labio reverente
Pronuncie con amor, con alegría,
Tu dulce nombre, celestial María.

Dios

Todo cansa en esta vida,
Porque aquí todo es falaz,
Pues sólo en tí, Dios eterno,
Se encuentra felicidad.

Tres postales

A mi amado profesor D. Francisco Febres Cordero, llamado Hermano Miguel en el Instituto de La Salle.

LA FE

Símbolo de la Fe, la cruz bendita
Te muestra más allá de aqueste suelo
La mansión inmortal, adonde habita
La paz del alma, el celestial consuelo.
Con esa fe tu corazón palpita
Y ansioso quiere levantar el vuelo,
Porque bien sabe que la pobre tierra
Sólo miserias y dolor encierra.

LA ESPERANZA

¡Feliz mil veces quien en Dios confía!
¡Feliz quien nunca pierde la Esperanza
Y que espera mirar tras noche umbría
Radiante sol alzarse en lontananza;
Y entre las ondas de la mar bravía
Mira su nave que segura avanza
Hacia el puerto de paz y de consuelo,
La prora puesta en dirección al cielo!

LA CARIDAD

La ardiente Caridad con fuego inmenso
Abrasa el corazón del que constante
A Dios adora con fervor intenso
E invoca su memoria á cada instante.
Más tarde esa alma, como puro incienso,
Al cielo hermoso se alzaré triunfante:
¡Que tanto puede esa virtud sublime,
Que hasta del polvo inmundo nos redime!

La Castidad

Señor, cantar ansío
 A la virtud de todas la más alta;
 Si inspiración me falta,
 Tú me darás inspiración, Dios mío.

Castidad es su nombre;
 Virtud tan bella que en el cielo habita,
 Que eleva á la infinita
 Región de los arcángeles al hombre.

¡Oh virtud soberana!
 ¡Tú cubres de rubor el rostro hermoso
 Del niño que dichoso
 Disfruta alegre de su edad lozana!

Tú das á la doncella
 La dulzura que anima su semblante,
 Y la luz fulgurante
 Que brilla en su pupila pura y bella.

Consuelas al que gime
 Oprimido por bárbara coyunda;
 La angustia más profunda
 Alivias tú con caridad sublime.

¡Qué bella la existencia
 Que en castidad reposa y lleva al cielo

Dirigido su vuelo,
Esquivando del crimen la presencia!

¡Oh virgen pudorosa,
Si sientes que en tu pecho amor germina
Cual planta peregrina,
Conságralo al Señor: serás dichosa!

Aquí de angustia y duelo
Al férreo yugo pasarás gimiendo;
Mas, ángeles tejiendo
Estarán tu corona allá en el cielo.

Y vosotros, que apenas
Gozáis sonrientes de la edad temprana,
Castidad engalana
Vuestras frentes con rosas y azucenas,

Gozad, gozad la vida,
Mientras se ofrece á vuestra vista el suelo
Cual un pequeño cielo
Do se goza de paz desconocida.

Más tarde la alegría
Dejando irá vuestros paternos lares,
Y entonces los pesares
Vuestra frente herirán con saña impía.

Tribulación

Aquél que manda los peces
 En la región de los mares;
 Aquél que cuenta á millares
 Y con número cabal
 Las estrellas en el cielo,
 ¿Ese no tendrá un consuelo
 Para un mísero mortal?

Aquél que entiende el lenguaje
 De las aves que á porfía
 Saludan la luz del día
 Con un himno general
 Alegrando aqüeste suelo,
 ¿Ese no tendrá un consuelo
 Para un mísero mortal?

Aquél que al nacer el hombre
 Señala el fin de su vida;
 Aquél que tiene medida
 La extensión universal
 Con un acto de su anhelo,
 ¿Ese no tendrá un consuelo
 Para un mísero mortal?

Aquél que todo lo sabe,
 Aquél solo omnipotente,



Ante quien baja la frente
El demonio, su rival;
¿Ese no sabrá mi duelo
Y no enviará su consuelo
Para un mísero mortal?

Pero, en fin, soy criatura
De ese poderoso rey:
Estoy sujeto á su ley,
Sé que no quiere mi mal,
Y que oculta bajo un velo
Cuanto encierra de consuelo
Para el mísero mortal.

Por eso callo y confío,
Pues que mucho bien alcanza
Quien abriga la esperanza
De dar un adiós final
A este desdichado suelo,
Donde no existe consuelo
Para el mísero mortal.

Y así espera el alma mía,
Después de la triste muerte,
Cambiar esta mala suerte
Con otra no terrenal,
Levantando raudo vuelo
A otro mundo que consuelo
Brinde al mísero mortal.

Dolor y Consuelo

Cuando á solas suspira el alma mía,
Y los recuerdos vuelven á mi mente
De aquella edad felice é inocente
En que gozaba alegre el corazón;
Cuando no puedo contener el llanto,
Que mojado mis pálidas mejillas
Brotó en raudal de lágrimas sencillas,
Lágrimas de pasión;
Cuando invoco talvez de la otra vida,
Loco de angustia en mi profundo duelo,
Un ángel puro, que del alto cielo
Baje á calmar mi llanto y mi aflicción;
Y sin hallar siquiera una esperanza
De dar alivio á mi dolor profundo,
En medio del abismo y sobre el mundo
Levanto mi oración;
Cuando pido, y recibir no puedo
Tanto bien como anhela el alma mía,
Desesperado entonce, en mi agonía,
Me sumerjo en el duro sinsabor.
Y hallo consuelo al fin, pues siempre llega
A mitigar el hombre sus dolores;
Pues nunca, si esperamos, sus favores
Nos niega el Hacedor.

Gipreses.

A Julia Victoria Villacís

(† el 11 de Agosto de 1904)

Cual blanca mariposa
Que deja su capullo complacida
Para vagar después de rosa en rosa,
Al despuntar la aurora de su vida
Ella dejó triunfante
Esta tierra infeliz: desde ese instante
Hay una flor marchita aquí en el suelo
Y un ángel más en la región del cielo.

En la tumba de Domitila Contreras

Cual un botón de perfumada rosa
Que al abrir su corola majestuosa
Muere á los rayos del ardiente sol;
O cual bella é inquieta mariposa
Que al ensayar su vuelo, presurosa
Halla la muerte en la primera flor.

Así la dulce, incomparable niña,
La que llevaba una alma angelical,
Modesta cual flor de la campiña,
Y era ayer el orgullo de su hogar,
Hoy yace triste, marchitada y sola,
Cual rosa que agostara su corola
Al expandir sus pétalos al sol;
Cual mariposa, que ensayando el vuelo
Para elevarse airoso por el cielo,
Halló la muerte en la primera flor.

Maureles

*A la Patria**En el aniversario de su independencia.*

Enamorada de ese sol ardiente
Que libertad destella por doquiera,
La patria de los Scyris, la primera
Levantó libre la orgullosa frente.

Entre el estruendo del cañón rugiente,
Desde el mar á la andina cordillera
Subió del iris la inmortal bandera,
¡Victoriosa, sublime y esplendente!

Y fuimos libres de la heroica España.
Mas hoy el despotismo nos hostiga
Con tan rastrera y persistente saña
Y nadie ¡oh Patria! tu dolor mitiga,
Que duda la razón, si aquella hazaña
Merece que se alabe ó se maldiga!

A Chile

¡Salud al Pueblo incontrastable y fuerte
Que juró denodado en este día
Vivir libre de infame tiranía,
O en el combate recibir la muerte!

¡Salud al Pueblo que jamás inerte
Se quedó del progreso ante la vía!
¡Pueblo que tiene la virtud por guía
Nunca contraria le será la suerte!

Chile, adelante! El porvenir te espera.
Que nuevos lauros de inmortal victoria
Te conquisten tus héroes por do quiera,
Para que el mundo, de entusiasmo lleno,
Siempre contemple en manos de la Gloria
Pasar triunfante el tricolor chileno!

A Calderón

Soneto premiado con diploma de honor en el concurso literario abierto por "El Grito del Pueblo" en celebración del centenario del nacimiento del héroe.

Cuando recuerdo tu sublime historia
Se me nublan de lágrimas los ojos,
Y lleno de emoción, puesto de hinojos,
Bendigo entusiasmado tu memoria.

Tu gloria incomparable es nuestra gloria:
Tu mutilado cuerpo y sus despojos
En breñas esparcidos y entre abrojos
A la Patria le dieron la victoria.

El soldado se inspira con tu ejemplo;
Él conquista el laurel para su frente
Y á la Patria la ofrenda con sus palmas
Para ornar los altares de tu templo,
Donde el pueblo te dice:—«¡Eternamente
Vivirás, Calderón, en nuestras almas!»

24 de Mayo

Ved del Pichincha en la elevada cumbre
Dos pueblos que combaten á porfía:
El úno, gloria y libertad ansía,
Destruyendo la infame servidumbre.

Lleno el ótro de inmensa pesadumbre,
É impotente, á la vez, en su osadía,
Nublar pretende, con locura impía,
De libertad la refulgente lumbre.

De sangre heroica se cubrió aquel suelo.
Y al escuchar el canto de victoria
Detuvo allí la Fama el raudó vuelo:
«¡Merece -dijo- el Ecuador tal gloria!
¡El sol de Mayo es digno de su cielo
Y eternamente alumbrará su Historia!»

Batalla de Pichincha

Entusiastas los pueblos escucharon
 La voz de libertad, que con denuedo
 Los hijos de Pichincha proclamaron,
 Y temblaron atónitos de miedo
 Los que *esclavos*, soberbios nos llamaron.

Los hijos del Apure en sus corceles
 Victoriosos cruzaron las llanuras;
 Los escarpados montes, las alturas
 Treparon de los Andes seculares;
 Y ofrendó Carabobo sus laureles
 Y Boyacá sus glorias
 Al Dios de las victorias,
 Que propicio mostróse en sus altares.

Desde las verdes playas
 Que fertiliza el caudaloso Guayas,
 A la elevada sierra
 Subió el grito de venganza y guerra.
 Para la Patria mía,
 El sol de libertad esplendoroso
 Sobre la cumbre del Pichincha ardía:
 Allí está SUCRE, el ínclito guerrero,
 El hijo predilecto de la gloria,
 Ante quien la española bazaría
 El término hallará de sus hazañas,
 Quien al luciente sol de las Españas
 Eclipsará por siempre en este día.

Al sonar el clarín en la alta cumbre,
 Se estremecen de júbilo en el cielo
 Los manes de los mártires de Agosto;
 Y de Quito la inmensa muchedumbre,
 Con la rodilla al suelo
 E inclinada la frente,
 A Dios invoca con amor ferviente.

Los valientes soldados españoles
 Ya trepan presurosos la colina,
 Que el sol de Mayo fúlgido ilumina:
 CAZADORES DE PAYA los primeros
 Atacan con furor á los iberos,
 Mientras que llega el batallón TRUJILLO,
 Y el YAGUACHI con MIRES y MORALES,
 Que al fulgor del combate parecían
 Del Olimpo los dioses inmortales.

¡Vedlos cómo entran en la gran batalla,
 Pidiendo libertad é independencia
 A fuerza de fusil y de metralla!
 Que «vencer ó morir» es la divisa
 Del valiente soldado americano,
 Sembrar la libertad á donde pisa
 Y romper las cadenas del tirano!

Los realistas atacan con denuedo,
 Y los nuestros resisten con arrojo;
 ¡Nadie conoce el miedo!
 Sólo se oye el chasquido
 De espadas que se rompen, y el silbido
 Del mortífero plomo
 Y gritos de furor por donde quiera:
 ¡Viva la libertad! -dicen los únos,-
 Mientras los ótros les responden ¡muera!

Y entre nubes de fuego relucientes
Que ascienden majestuosas hasta el cielo,
Fiero el cañón retumba:
¡Parece abrir la tumba
Para ambos combatientes
En las entrañas del profundo suelo!

Pero ¡ay mi Dios! nos faltan municiones;
Ya canta el enemigo la victoria,
Ya cejan nuestros bravos batallones
Mas PAYA, á bayoneta, á los hispanos
Enviste con arrojo irresistible
Y CÓRDOVA el temible
Carga, vence y destroza á los tiranos.

Allí CABAL, y el denodado CASTRO
Y el mártir CALDERÓN, en este día,
Sellaron generosos con su sangre
La independencia de la patria mía.

Los más preciosos lauros
Les discernió la Gloria,
Y en sus páginas de oro
Conservará la justiciera Historia
De sus hechos grandiosos la memoria.

Mi Pueblo

Allí donde natura sin reposo
Nos ofrece un portento cada día;
Allí, do siempre en la enramada umbría
Se oye del ave el canto melodioso;

Circundado de un bosque majestuoso
De arboledas que ostentan á porfía
Las doradas mazorcas que ambrosía
Nos brindan con su jugo delicioso; *

Bajo un azul y transparente cielo
Que primavera eterna da á su suelo,
Y de un humilde río á las riberas,
Do la grama le presta verde alfombra,
Se alza mi pueblo allí bajo la sombra
De esbeltas y hermosísimas palmeras.

* El cacao.

A Quito

Cuidad graciosa
 Con tus colinas
 Donde reclinas
 Tu pura sien;
 Do te adormeces
 Soñando amores
 Entre las flores
 De tu verjel;

Deja un instante
 Que en dulce calma
 Recuerde mi alma
 Tu esplendidez,
 Y que á mi mente
 Vuelvan las horas
 Encantadoras
 Que allí pasé.



Pues ¿quién no sueña
 Dulces placeres,
 Si tus mujeres
 Ha visto yá?
 Y ¿quién no pierde
 La calma luégo
 Alpuro fuego
 De su mirar?

La Primavera
Con sus primores,
Regando flores
Reposa allí,
Y el Sol con pura
Luz encendida,
Derrama vida
Desde el cenit.

Por todas partes
La Agricultura
Con su verdura
Se ve brillar;
Y alegre el indio
Tras su ganado,
Por el collado
Trepando va.

Libres revuelan
Los jilguerillos
En los tomillos
Y el *capulí*;
Y el dulce mirlo
Con voz sonora
Canta á la Aurora,
Siempre feliz.

Y del *Machángara*,
Que no murmura,
La linfa pura
Besa tu pie.
Y el Gran Pichincha
Con esmeraldas
Forma en sus faldas
Tu alto dosel.

Tú la primera,
Noble y altiva,
Dijiste -¡Viva
La Libertad!
Y el sol de España,
Resplandeciente,
Tu augusta frente
No besó más.

Por eso justa
Cuenta la Historia
Tu inmensa gloria,
Tu gran virtud;
Y, alegre, dice
Con voz homérica,
Que de la América,
Tú eres la luz.

¡Viva Chile!

Ninfas del Ecuador, tejed de flores
 Guirnaldas mil, para adornar la frente
 De un pueblo amigo que, cual propies, siente
 Nuestros triunfos, y goces, y dolores.

Y tú, cuna de Olmedo, tus primores
 Luce también con entusiasmo ardiente,
 Y por do quiera con orgullo ostente
 El pabellón chileno sus colores.

Que el cañón y los hurras, este día
 Ensordezcan los aires á porfía.
 Y todos, en magnífico desfile,
 Entonando su canto soberano,
 Probemos hoy al valeroso Chile,
 Que en el noble Ecuador tiene un hermano



Salud, Chile!

Hay un pueblo feliz que, en la ribera
Del Pacífico mar, ciñe orgulloso
Su altiva frente con laurel glorioso
Y bate al viento su triunfal bandera.

Allí contempla el Arte placentera
Un horizonte inmenso y portentoso,
Y la Ciencia, con vuelo presuroso,
Va sembrando el progreso por do quiera.

Ese pueblo gigante, noble y bueno,
Ese pueblo feliz es el chileno,
Donde la Gloria y Libertad se escudan.

¡Patria de O'Higgins, en tu magno día,
Con el alma inundada de alegría
Tus hermanos del Guayas te saludan!

18 de Setiembre de 1907.

El Patriota *

Valeroso y sediento de gloria
 El patriota al combate voló,
 Contra el bando traidor que á la Patria
 Con baldón indeleble cubrió.

El gobierno se opuso á su marcha
 Con cañones, destierro y prisión:
 Cien verdugos clavaron alevos
 El puñal en su fiel corazón.

Mas ¿qué puede la infame pandilla
 Que gobierno llamamos aquí,
 Si el patriota que marcha á los campos
 Va resuelto á vencer ó morir?

El honor de la patria lo llama,
 Y ha jurado ese honor vindicar,
 Ofreciendo que no volvería
 Sin el crimen horrendo vengar.

* Estas estrofas fueron compuestas con motivo de la revolución que se le hizo al gobierno presidido por el Dr. Luis Cordero, á causa de haber permitido que los chilenos vendiesen al Japón el buque de guerra "Esmeralda", bajo el pabellón ecuatoriano.

Hoy pretenden los viles sayones
Con indignos decretos cubrir
Las infames acciones que hicieron
Al patriota á los campos partir. *

¡Es ya tarde! Vosotros sabéis
Que este pueblo es un pueblo viril,
Que si sufre paciente y tranquilo
También sabe cual mares rugir!

No esperéis que el patriota se rinda
Ante vuestro gobierno traidor;
¡Dimitid, oh verdugos infames,
O aprestaos á morir con valor!

* Expidieron un decreto ofreciendo indultar
á todos los que entregasen las armas.

La Paz y la Guerra

¡Maldita Guerra, que con furia impía
Sobre el mundo enalteces al tirano!
¡Tú la campiña, la ciudad y el llano
Sumerges en letal melancolía!

Por tí los campos de la patria mía
Esperaban incultos, siempre en vano,
La cuidadosa y diligente mano
Que en otros tiempos trabajar solía.

Vino la Paz, de todos bendecida:
Cubrió los campos de fragantes flores,
Brotó del seno de la madre tierra
La savia fecundante de la vida,
Y al contemplar el hombre estos primores,
«¡Merezca -dijo- execración la Guerra!»

Oda á la Patria

La Europa, que risueña
 Saluda al Nuevo Mundo de rodillas,
 Decrépita, talvez, despierta sueña,
 Y envidiosa de tantas maravillas,
 En ambición se enciende
 Y á nuestro mundo sus miradas tiende.

Y el mundo no soñado
 Ni por sabios, ni reyes ni profetas,
 Que el inmortal Marino, denodado
 Su existencia arrancó de las secretas
 Y eternas voluntades,
 Sufrió el yugo de Europa y sus crueldades.

El COTOPAXI un día
 Rugió valiente, vomitó veneno;
 No pudiendo impedir la tiranía
 Rayos lanzando de su ardiente seno,
 «No es digno -dijo bravo-
 El mundo de Colón de ser esclavo.»

Desde entonces, gloriosa
 América sus hijos acaudilla
 Para vengar la ofensa que ominosa
 Su blanca frente sin picdad mancilla,
 Y el grito de la guerra
 Resuena estrepitoso por la tierra.

Norte América ufana
Cantó la libertad, y por su huella
América del Sur, virgen galana,
Marchó triunfante con benigna estrella,
Activa en la palestra,
La espada fulgurante en su alba diestra.

El Amazona airoso,
Del Ecuador valiente al mar bravío
Se precipita audaz y caudaloso
Envuelto en sangre del tirano impío,
Cantando la victoria
De la patria adorada y su alta gloria.

Y el regio Chimborazo
Levantando su frente hasta los cielos,
Al retumbo feliz del cañonazo
Anuncia libertad, y los desvelos
De un pueblo generoso
Que vino al mundo para ser glorioso.

Alegre lleva el GUAYAS
Fausta noticia en su correr ligero,
Y anuncia libertad en otras playas,
Del Ecuador heraldo y mensajero:
¡Libertad! repitiendo
Sus cadenas los pueblos van rompiendo.

El español valiente,
Que altanero mandaba el grande estado
De América infeliz, hoy ya su frente
Inclina ante mi patria no indignado,
Pues pasó su alta gloria,
Sólo escrita consérvala en su historia.

Libertad con su diestra
La guirnalda del triunfo, cariñosa
A mi patria le ciñe en la palestra:
«Ya sois libres,» nos dijo victoriosa;
«Ya podéis con mi lumbré
De la gloria subir hasta la cumbre.»

«Y quien osado intente
Vuestros lauros segar de la victoria,
Marcada llevará sobre su frente
Del traidor la señal, y su memoria,
Con desprecio profundo,
Maldecida será por todo el mundo.»

A la Juventud

"Si es ley que la revuelta muchedumbre
El yugo sufra de atrevida mano,
Que la enaltezca al menos y deslumbré
Con sus épicas glorias el tirano;
Y ya que con forzada servidumbre
Pague sus culpas el linaje humano,
El brazo vigoroso que la venza
Infúndale terror, y no vergüenza."

NÚÑEZ DE ARCIA.

¡Oh juventud! si el cielo
Sobre tí, generoso
Sus gracias derramó: si en tu alma ardiente
Puso ese noble anhelo
De alcanzar para tu erguida frente
Los lauros inmortales de la gloria,
También te dio benigno el patrio suelo,
Do puedas invencible, prepotente,
Las palmas conquistar de la victoria.

Te dio esta hermosa patria, do se ostenta
Más bello el Sol en el cenit dorado;
La patria en cuyo seno se alimenta
El soberbio AMAZONAS, coronado
Monarca de los bosques orientales;
Por ella rueda el GUAYAS sus cristales
Hasta el inmenso mar, y el CHIMBORAZO
Con orgullo se eleva en su regazo.

Aquí el limonero sus azahares
 Eternamente cuaja;
 El cacao nos regala su ambrosía,
 El plátano á porfía
 Sus racimos nos da; brota á millares
 El nativo maíz sus granos de oro;
 Y, cual rico tributo,
 Nos da la palma su sabroso fruto.

Revestida de eterna primavera
 Se presenta la selva, y por doquiera
 El árbol de la rubia cascarilla (*)
 Esbelto eleva su ramaje al cielo
 Y la orquídea más bella, la vainilla,
 Esparciendo suavísimos olores,
 Entrelaza sus tallos trepadores
 A las ramas fragantes del canelo.
 El caro *castilloa*
 En el monte descuella cual coloso,
 Y ruedan á sus plantas confundidos
 La *tagua* y el *corozo*.

Y aves canoras de doradas plumas,
 Entre vergeles de preciosas flores,
 Libres ensayan su inconstante vuelo
 O se cuentan felices sus amores.

Morenas de sonrisa encantadora,
 De negros ojos y alma soñadora
 Las hijas son del guayacense río,
 Y rubias cual los ángeles del cielo,
 De esbelto talle, y de color de grana,
 Las que moran la andina cordillera.

(*) Las *Chinchonas* ó *quininas*, que, como es sabido, abundan en Loja, Bolívar y otras provincias del Ecuador.

¿Quién al verlas no pierde el albedrío?
 ¿Y quién no se enamora
 De la linda mujer ecuatoriana?

¡Bella es tu patria, Juventud querida!
 ¡Tántos bienes encierra
 Esta feliz, hospitalaria tierra,
 Que parece del cielo bendecida!

Pero ¡ay! ¿para el humano
 Algo perfecto la natura tiene?
 ¿La flor entre sus pétalos de seda
 No oculta ¡dime! su traidor gusano?
 Si hasta el cielo purísimo, en verano,
 Alguna nube en su extensión contiene.

También la patria, desolada y triste
 En las manos cayó de los traidores:
 Ayer no más la viste
 Esclava conducida á los mercados
 De Europa por los Flores,
 Y después, obcecados
 Su bandera vendieron los malvados.
 Ya su grandiosa majestad no existe:
 ¡Apenas, de sus glorias
 Sólo quedan los últimos fulgores!

La Libertad, cual despreciable mito
 Ha sido para siempre desterrada,
 Y la conciencia, muda, acanallada,
 Cómplice infame del atroz delito,
 ¡Ni ella siquiera levantó indignada,
 De la protesta el valeroso grito!

Yacen hoy derribados los altares
 Do se ostentaba la virtud un día,

Y del crimen los templos á millares
 En su lugar levántanse á porfía:
 La justicia se compra con el oro;
 La probidad, perdido su decoro,
 Se vende cual infame mercancía.

¿Quién se acuerda de tí, noble Bolívar?
 ¿Quién de tí, Rocafuerte, hace memoria?
 ¿Quién tu sublime historia,
 Sucre inmortal, verídico relata?
 Si al influjo de odioso despotismo,
 La actual generación necia é ingrata,
 Olvidó vuestra gloria,
 Virtud, grandeza, honor y patriotismo!

Y por eso los nombres de Mejía,
 De Espejo, de Montúfar y de Olmedo,
 Apenas se recuerdan cierto día.
 Montalvo, que la infame tiranía
 Combatió siempre con tenaz denuedo,
 Yace en olvido en su querida patria;
 Mientrasen clima extraño
 El anciano y el niño,
 El rico, el pobre, la mujer y el hombre
 Evocan su memoria con cariño,
 Con orgullo pronuncian su alto nombre.

¡Si de rubor no cubre tu semblante,
 Amada juventud, bajeza tanta
 A que hemos descendido;
 Si no juras, ardiendo en ira santa,
 Recuperar radiante
 El honor de la patria escarnecido,
 Mejor será morir! ¿Ante el verdugo
 Inclinarás tu frente al negro yugo?
 ¡Oh nunca, juventud! porque en tus venas

Corre sangre de noble patriotismo,
Y Calderón te dice con su heroísmo,
Que en pedazos se rompen las cadenas
Con que quiere el infame despotismo
A los libres atar; porque en tu mente
Irradia del saber la luz divina,
Y el noble orgullo que tu pecho siente
Al templo de la gloria te encamina,
¡Por tí la patria, pura y refulgente
Levantará del polvo su alba frente!

